

LOS CUADERNOS  
LOVECRAFT

LA CIUDAD SIN NOMBRE

ILUSTRADO POR ARMEL GAULME

*minotauro ilustrados*

LOS CUADERNOS  
LOVECRAFT

LA CIUDAD SIN NOMBRE

ILUSTRADO POR ARMEL GAULME

minotauro *ilustrados*

Título original: *The Nameless City*

*The Nameless City*, 1921

Publicado por primera vez en *The Wolverine*, en noviembre de 1921

Todos los derechos reservados

© Bragelonne, 2019

Ilustraciones © Armel Gaulme, 2019

© Traducción de Joan Josep Mussarra Roca, 2021

Traducción de *Un desierto en ruinas*, de Lúdia Estany para iScriptat

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-450-0979-6

Depósito legal: B. 1.968-2021

Preimpresión: iScriptat, S.L.

Impreso en España

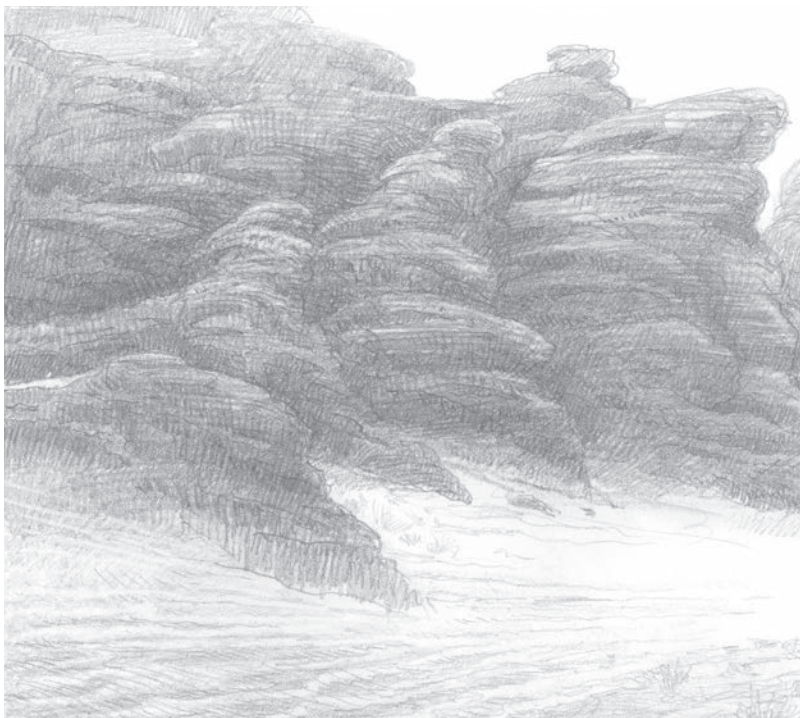
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



# La Cité sans Nom

2018



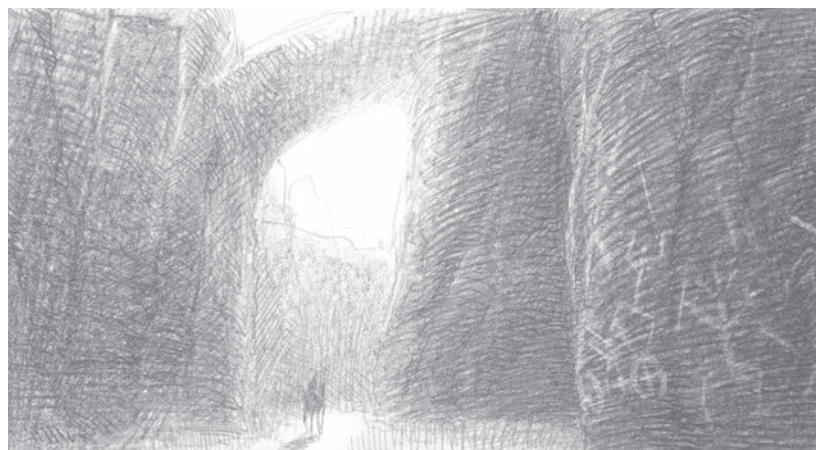
**N**ada más acercarme a la ciudad sin nombre, supe que estaba maldita. Andaba de viaje por un valle reseco y espantoso, bajo la luna, y la vi a lo lejos. Sobresalía misteriosamente de las arenas, igual que los miembros de un cadáver podrían sobresalir de una tumba mal construida. El miedo hablaba



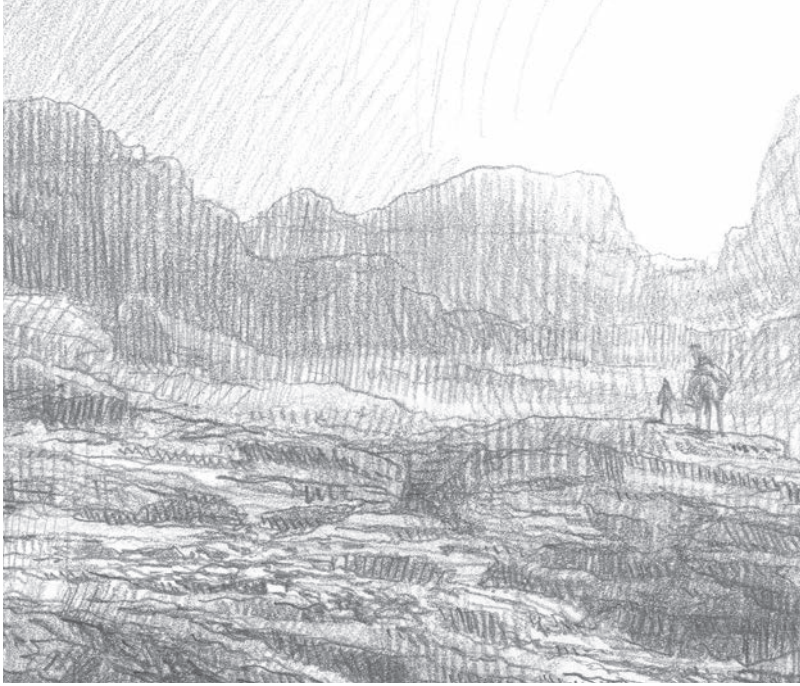
desde las piedras erosionadas de aquella antiquísima superviviente del diluvio, aquella bisabuela de la más antigua de las pirámides, y un aura invisible me rechazaba y me ordenaba que me apartara de los secretos antiguos y siniestros que ningún hombre debía ver, y que ningún otro hombre había osado ver.

En un lugar remoto del desierto de Arabia se encuentra la ciudad sin nombre, ruinoso y privada de voz. Sus bajas murallas han quedado casi enterradas bajo las arenas de edades sin cuento. Ya debía de estar así antes de que se pusieran las primeras piedras de Memphis, cuando los ladrillos de Babilonia aún estaban por cocer. No existe una leyenda lo bastante antigua como para darle un nombre, ni que recuerde que en otro tiempo vivió. Pero se habla de ella, siempre en susurros, en torno a las hogueras de acampada, y las abuelas murmuran sobre ella en las tiendas de los jeques, de modo que todas las tribus la evitan sin saber bien por qué. Este es el lugar que se apareció en sueños a Abdul Alhazred, el poeta loco, la noche antes de que cantase el pareado que aún no conoce interpretación:

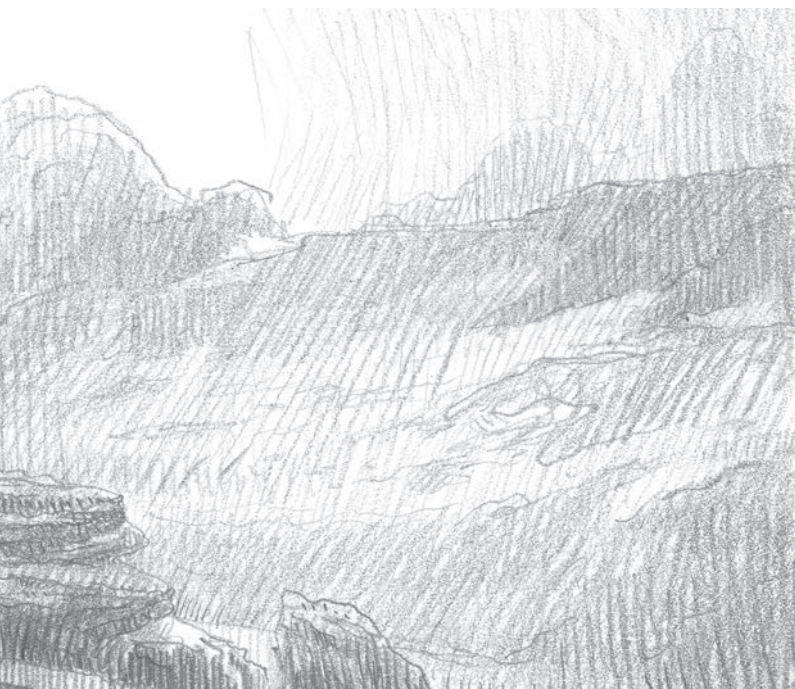
*No puedes dar por muerto lo que por siempre permanece  
y tras extraños eones hasta la muerte perece.*







Debería haber sabido que los árabes tendrían buenas razones para evitar la ciudad sin nombre, la ciudad de la que se hablaba en extraños relatos, pero que ningún hombre de los que aún viven había visto jamás. Y sin embargo, los desafíé y me adentré con mi camello por el desierto que nadie cruzaba. Solo yo la he visto, y por eso en ningún otro rostro se ha marcado la expresión del miedo como en el



mío, por eso ningún otro hombre padece tan horrible temblor cuando el viento hace que retiemblen las ventanas. En el momento en que la hallé, en el espeluznante sosiego de su sueño sin fin, me miró, helada bajo la fría luz de la luna en medio del calor del desierto. Y entonces le devolví la mirada y olvidé el triunfo que había alcanzado al hallarla, y me detuve con mi camello para aguardar el alba.

Aguardé durante horas, hasta que el oriente se tiñó de gris y las estrellas se desvanecieron, y el gris se volvió luz rosácea ribeteada de oro. Oí un murmullo y vi una tempestad de arena que empezaba entre las antiguas piedras, aunque el cielo estuviera despejado y en las grandes extensiones del desierto reinara la quietud. Entonces, de súbito, se asomó por el lejano horizonte el contorno llameante del sol, que divisé a través de la minúscula tormenta de arena que ya amainaba, y en mi estado febril me figuré que en alguna remota hondura se oía una estruendosa música de metales que saludaba al disco de fuego, igual que Memnón lo saluda desde las riberas del Nilo. Al tiempo que me resonaban los oídos y bullía mi imaginación, guíé a mi camello por las arenas, con pasos lentos, hasta aquellas construcciones de piedra sin voz, aquellas construcciones que no había visto ningún hombre que aún viviera, aparte de mí.

